

Domingo vigésimo primer domingo durante el año, ciclo B

22 de Agosto de 2021

Mario Yamanouchi Michiaki

Obispo de la diócesis de Saitama

Hermanos

Después de la fiesta de la Asunción de María al cielo continuamos con la lectura del capítulo 6 del evangelio de Juan sobre la multiplicación de los panes y del largo discurso que Jesús hizo al día siguiente en la sinagoga de Cafarnaum. Como es un texto denso, la homilía de hoy, voy a centrarme en el comentario del evangelio dejando al final una breve referencia a las otras dos lecturas.

Evangelio de Juan 6.60-69: final del discurso de Jesús sobre el pan de vida

El evangelio de este domingo es la parte final con que culmina el discurso pronunciado por Jesús en la sinagoga de Cafarnaum, al día siguiente después de haber dado de comer a más de cinco mil personas con sólo cinco panes y dos peces que había ofrecido un joven.

Jesús explica el significado de ese milagro: que él es el verdadero pan (el maná nuevo) que Dios le da a la humanidad.

Sabemos que la gente y los propios discípulos estaban entusiasmados con Jesús por las señales milagrosas que realizaba, especialmente con éste último signo de haber dado de comer a miles de personas gratuitamente. Creyeron que era el Mesías prometido por Dios a través de los profetas del Antiguo Testamento e inmediatamente lo quisieron proclamar rey. Pero Jesús es bien claro que eso no era la voluntad de Dios, ni de él. Entonces, hasta los mismos discípulos quedaron decepcionados de Jesús.

La explicación de Jesús fue difícil de aceptar: provocó decepción

De hecho, explicando Jesús, la imagen del pan, afirma que ha sido enviado para ofrecer su propia vida, y que los que quieran seguirlo deben unirse a él de modo personal y profundo, participando en su sacrificio de amor.

Por eso, Jesús, instituirá en la última Cena el sacramento de la eucaristía para que sus discípulos puedan permanecer unidos a Jesús y continuar la misión que él les recomendará: ser los instrumentos de salvación para los pueblos.

Al escuchar este discurso la gente comprendió que Jesús no era un Mesías, como ellos querían, que aspirase a un trono terrenal. Que Jesús no buscaba consensos para conquistar Jerusalén; más bien, quería ir a la ciudad santa para compartir el destino de

los profetas: dar la vida por Dios y por el pueblo.

Aquellos panes, partidos para miles de personas, no querían provocar una marcha triunfal, sino anunciar el sacrificio de la cruz, en el que Jesús se convierte en Pan, en cuerpo y sangre ofrecidos para la salvación de los hombres.

Así pues, Jesús pronunció ese discurso para desengañar a la multitud y, sobre todo, para provocar una decisión en sus discípulos. De hecho, muchos de ellos, desde entonces, ya no lo siguieron.

Un problema de interpretación y comprensión para nosotros, hoy

El escándalo y la incompreensión que produjeron las palabras de Jesús sobre los discípulos y la gente, como también a los primeros cristianos, lo puede producir también en nosotros hoy. Un motivo es por la mala interpretación de la eucaristía que hacemos. Muchas veces, seguimos siendo como aquellos discípulos desconcertados.

Es decir, cuando Jesús dijo que tenemos que comer a él como Pan de vida, no significa que hay que comer al Jesús histórico, a Jesús de Nazaret. Aquí fallamos, muchas veces, en nuestra explicación tomando al pie de letra el texto del evangelio de Juan. Por eso, debemos estar atentos en subrayar de que cuando recibimos la hostia consagrada, comemos y entramos en comunión con Jesús resucitado. La eucaristía es el sacramento de la fe por excelencia del cristiano. De allí que en la misa, después de la consagración, el sacerdote dice : Este es el sacramento (misterio) de la fe. Y la asamblea responde, generalmente cantando: “Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. Ven, Señor Jesús”.

Cuando se vive esta unión con Jesús, como lo fue Pedro y los demás discípulos, después de la crisis de Cafarnaum, no nos separaremos de Jesús, por más nos asalten momentos de prueba de la vida. La fuerza del espíritu de Jesús resucitado nos dará siempre las fuerzas necesarias para seguir adelante hasta el final.

Primera lectura: Josué 24.1-2^a,15-17,18b

En la primera lectura (libro de Josué, capítulo 24), Israel después del éxodo, estando ya en la tierra prometida, siente la necesidad de organizarse como pueblo, pues las tribus que componían los habitantes de allí tenían orígenes culturales y religiosas muy diferentes. Ante esta realidad, el sucesor de Moisés, el nuevo líder Josué, se da cuenta de que para unir a todas estas tribus hacía falta una legislación firme y una creencia religiosa común. Y de allí, propone la fe en el Dios del éxodo que entregó a Moisés una forma de organizarse en base a una legislación, basada en los Diez mandamientos. En la primera lectura de hoy podemos leer el discurso que hace Josué a las tribus y cómo todos

aceptan convivir en el mismo territorio a través de una alianza para ayudarse y protegerse mutuamente. Este acto del nacimiento del nuevo pueblo de Israel es conocida como la “Asamblea de Siquem”.

Segunda lectura: Efesios 5.21-32

Y en la segunda lectura (san Pablo a la Efesios 5.21-32), confirma de que el nuevo pueblo de Dios, la Iglesia, es la comunidad de los que realmente creen de que Jesús, muerto y resucitado presente en la eucaristía, es el verdadero Mesías anunciado por los profetas. La Iglesia es una comunidad humana está integrada por muy diversas razas, lenguas y culturas, pero unida por la fe en Cristo resucitado y por el ideal de vida anunciado en el evangelio que él predicó.

Que, una vez más, también nosotros, como Pedro y sus compañeros, dejémonos sorprender nuevamente por las palabras de Jesús y redescubramos el significado del sacramento de la eucaristía. Que la Virgen María, que dio al mundo el Pan de la vida, Jesús, nos enseñe a vivir siempre en profunda unión con él.